

Evasión Estilo

Las perlas del paraíso

Antes sólo se sacaban del joyero para lucirlas en ocasiones especiales. Pero todo cambió cuando Robert Wan reinventó el cultivo de las perlas en su granja de Tahití. **Por Alicia Arranz**

Este tahitiano de ascendencia china vio la manera de darles un nuevo uso a las perlas presentándolas de una manera original y desenfadada. En una palabra: las democratizó. Prototipo del hombre hecho a sí mismo, Robert Wan confiesa que no ha parado hasta dar con la fórmula por la que miles de mujeres en el mundo le bendicen y que viene a coronar una trayectoria asombrosa como pionero del cultivo de perlas negras de Tahití. Por algo se le conoce también con el sobrenombre de *El emperador de las perlas*. Nada más apropiado, puesto que ha logrado consolidar un auténtico emporio en torno a estas raras gemas que se forman en las aguas turquesas del Pacífico Sur, de las que hoy en día es el más importante productor y exportador.

Las perlas han sido objeto de veneración desde hace siglos. Y para Wan lo son desde hace más de 30 años, cuando empezó a darle vueltas a la idea de trasladar las técnicas de cultivo artificial japonesas a las paradisíacas islas de la Polinesia Francesa. A fin de cuentas, en la naturaleza impera la lógica y así se explica que para encontrar estas enigmáticas bellezas haya que viajar a uno de los lugares más cautivadores del mundo.

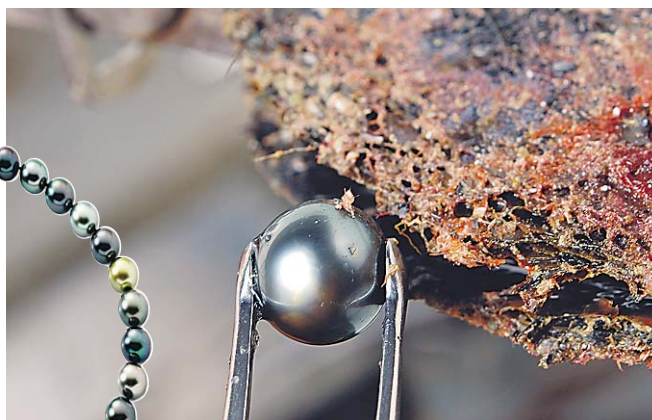
Los consejos del maestro

Aquel hombre empeñado en conseguir un sueño empezó desde abajo, pero siguiendo los pasos y atendiendo a los consejos de Kichimatsu Mikimoto, el mejor maestro posible y a quien se le atribuye el mérito de haber puesto en marcha el negocio de las perlas cultivadas en el país nipón a principios del siglo XX. Dicho y hecho, aunque con inmensas dosis de paciencia, como remarca el propio Wan cuando relata su historia.

Para conseguir una, aunque ni siquiera sea válida para formar parte de una joya, se necesita una media de cinco años. El proceso de intervención en las ostras Pinctada Margaritifera es muy delicado y siempre está sujeto a la incógnita de la respuesta que pueda dar el molusco. Lo más habitual es que, tras la incisión de una diminuta bola de nácar con un minúsculo trozo de epitelio de otra ostra de la misma especie, aquella muera o bien la rechace, imposibilitando el nacimiento de una perla. Si hay suerte, el animal se defiende del elemento extraño y comienza a envolver lentamente el cuerpo extraño con secreciones de nácar a razón de un milímetro al año.

**Del Pacífico Sur a las mejores joyerías**

Siete granjas perli-
feras en las islas
polinesias, siete 'boutiques'
en Tahití, un museo dedicado a las perlas en la capital,
Papeete, una línea de productos cosméticos basados en las propiedades de la madreperla y, desde hace poco, una línea de objetos para la casa son los principales frentes de negocio de Robert Wan. Sus perlas están presentes también en muchas de las firmas de joyería más prestigiosas del mundo, como Cartier o Boucheron. Para hacerse con una de sus piezas, no está de más viajar al paraíso donde se cultivan, aunque no es absolutamente imprescindible, ya que tiene acuerdos de comercialización con decenas de puntos de venta de América, Asia y Europa, incluidas las principales ciudades de España. Más información en 'www.robertwan.com'.



Arriba, una trabajadora de las granjas perli-
feras de Robert Wan en Tahití muestra una ristra de ostras. Debajo, el empresario sujeta un collar confeccionado con las perlas que se extraen de esos moluscos.

JUAN CORBELLA



Es imposible saber de antemano si la perla tendrá una superficie lisa y una forma completamente redonda, dos de las características que realzan su valor. Si se obra el milagro, lo que sólo ocurre con una de cada quinientas, entonces comienza otra cadena que arranca con la selección de las perlas, en función de su tamaño, su brillo y sus fascinantes colores irisados: del gris oscuro hasta el rosa pálido, pasando por tonos cremosos, rojizos, azulados o verdosos.

Tres destinos posibles

Las perlas seleccionadas a pie de granja encuentran tres destinos posibles. Las que no alcanzan la perfección, aunque no por ello dejan de ser bellas, pasan a formar parte de la línea Robert Wan Design, la más informal; se presentan engarzadas en cintas de seda o en cordones de cuero. En el siguiente nivel, las piezas de Robert Wan Collection incluyen perlas combinadas con metales preciosos como el oro o la plata. Por último, las auténticamente excepcionales se reservan para la línea Robert Wan Connaisseurs. Un collar con esta etiqueta puede llegar a costar hasta 300.000 euros. Evidentemente, son de edición más que limitada.